



¿Busca con esto la bella Tossa algo así como una indulgencia a su estival disolución? No; busca y consigue una superación de sus encantos cromáticos, al verse cada año reproducida en su paisaje por más de cien pinceles y lápices que cantan sus hermosuras. Todo ello significa que sabe digerir y convertir en luz la materia crematística de su turismo veraniego. Lo sensual se traduce aquí en ese mundo imaginativo del arte que todo lo estimula y embellece. Tossa, que parece un pequeño “mundus clausus”, dignifica así su nombre y su prestigio. Lo demás... son inventadas leyendas, que hacen más bella y punzante la verdadera historia.

Pero ya la tarde va declinando lentamente. El oro viejo va recamando las murallas de la “Vila Vella”, según ascienden y rodean el Cap d’Or, el cabo de Tossa. El azul del mar parece amansarse también en tintas más grises. Las verdes montañas, que bajan con sus pinos hasta los acantilados de la costa, tienen un reposo hierático que casi infunde devoción. Dios está en todo. Dios está en esta maravillosa tarde, bañadas sus paternales barbas en la brisa del atardecer. No me imagino cómo puede imaginarse un arte abstracto, aquí donde todo es tan concreto, tan violentamente individual, tan diferenciado, tan substantivo: hombre, arena, mar, piedra, montaña, cielo... Más abstracta que la idea de Dios no cabe en el pensamiento humano. Y sin embargo, ahí está la pintura, precisamente la pintura —la menos abstractiva, por sus fines, de las artes plásticas— que nos ha presentado un Dios personal y creador, un anciano inmenso, que de su eternidad inviolable viene a concretarse con nosotros en el tiempo, en nuestro tiempo, en el cual somos, con el cual pensamos y sentimos; y en el espacio, que nos limita, nos define, para que nuestro cosmos no se convierta en caos. ¿Es que no tiene forma todo cuanto existe?

Todavía la tarde alarga su manto de oro por la arena. Ya los montes van dando la mayor sombra que pueden, diríamos con la bella perífrasis de Virgilio. Todavía queda en la bahía algún barco de recreo. Suenan sus sirenas como si fueran trasatlánticos de verdad. La belleza del atardecer va tornándose pálida, como una joya antigua. El horizonte del mar es ya violeta. Las palomas de la playa se han ido retirando hacia las torres de las murallas. Pero, en cambio, las golondrinas en frenéticos vuelos celebran el gran festival del crepúsculo. Pronto las campanas cantarán el “Angelus” sobre el caserío donde empiezan a humear las chimeneas. Hace unas noches, una luna redonda y rojiza emergía enorme del mar. Sería así, me digo, la que inspiró a Núñez de Arce aquella su famosa décima de su poema “El vértigo”.

Y así ha empezado a reinar la noche. La magia ha terminado. Pronto aparecerá otra en el cielo negro y profundo de las estrellas insomnes.

LOPE MATEO